

llaba en todas partes supeditada: á la de los empleos públicos se había opuesto la nobleza financiera, y todo el poder y la preponderancia del Senado habían pasado á los comicios. Pero aun cuando esto hubiese podido subsistir, aun cuando se hubiese conseguido sacar de Italia á todo el proletariado, y con el ingreso de los itálicos aportar sangre fresca al cuerpo del Estado romano, no se hubiera fundado con ello una sana democracia. Cayo no tenía intención ni fuerza para destruir la constitución que tan funesta había llegado á ser, y no había hecho mas que agrupar de distinto modo del que hasta entonces habían estado agrupados, los distintos elementos de fuerza ya existentes. En tales circunstancias, la supremacía de los comicios, es decir, de las masas del pueblo de la ciudad, no significaba mas que el predominio de los tribunos sobre los cónsules, y aun esta supremacía solo se apoyaba en la confianza que la caprichosa plebe daba siempre á un hombre de las condiciones de Cayo, no abandonándole inoportunamente y no neutralizando su acción por la elección de colegas poco aceptables. Tales como se encontraban las cosas en tiempo del apogeo de Graco, la situación de éste era una tiranía disfrazada: y mientras duró aquella situación que paulatinamente se había ido desarrollando, la historia interior de Roma se desarrolló en la forma de una guerra civil organizada y lenta entre la nobleza y la plebe, entre el Senado y los tribunos, hasta que por último el demagogo adquirió también la reputación de tirano.

Graco, sin embargo, no pensaba en la tiranía, ni era tampoco de pensar que la antigua nobleza hubiese de renunciar á sus derechos políticos por haber perdido una batalla parlamentaria. Sumamente irritados y firmemente decididos los optimates á conservar todos los medios de defensa, comprendieron perfectamente cuál era el lado débil que presentaba la situación de su poderoso adversario. Sabían muy bien que el pueblo de la ciudad no tenía la fuerza ni la perseverancia de los antiguos plebeyos, y que esto mismo podía hacer esperar que un día los grandes planes de Cayo fuesen recibidos con indiferencia ó desprecio por las masas, ó que la misma ambición de aquellos á quienes Cayo había sabido utilizar hasta entonces contra el Senado, se viese amenazada á su vez por las reformas de su caudillo. Y precisamente este fué el punto en que se apoyaron en 122 los enemigos de Graco.

La rogación para extender á los itálicos el derecho romano encontró gran resistencia, no solo en el Senado, sino entre las masas romanas que miraban á los itálicos con poca justificada altanería, y que no tenían muchas ganas de compartir con los excelentes latinos y marsos las grandes ventajas de la ciudadanía.

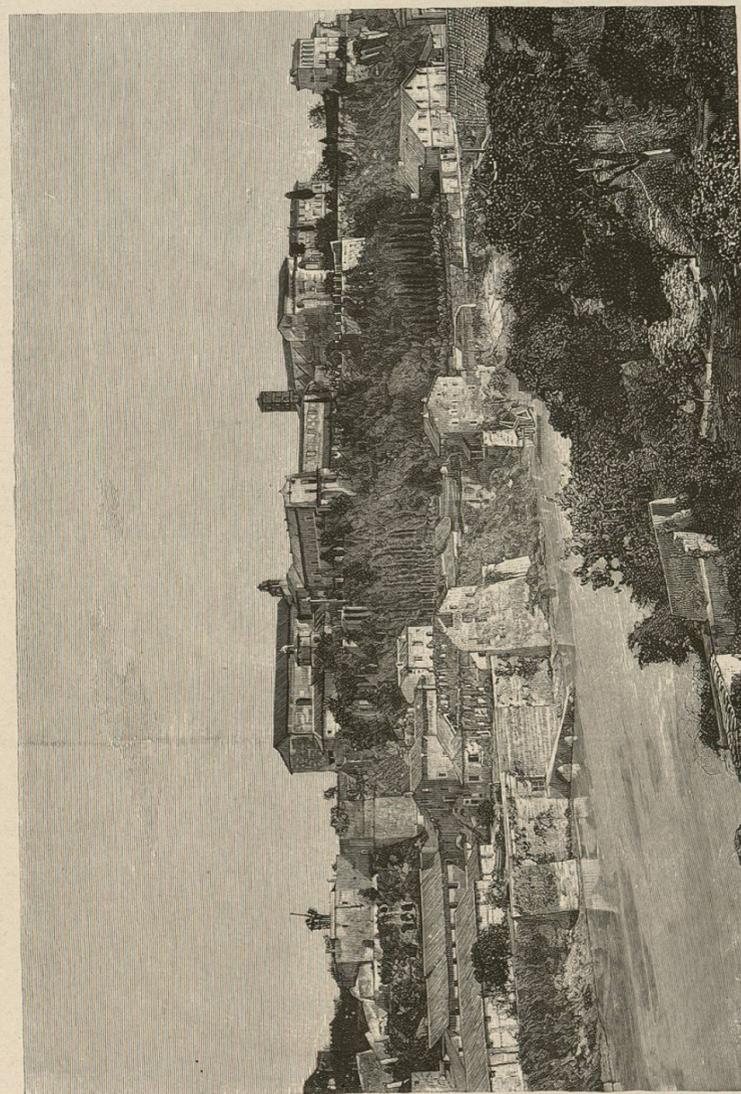
De nada sirvieron los esfuerzos de Cayo y de Fulvio: la multitud oyó con mas gusto las palabras del cónsul Fannio, que destruyó por completo las esperanzas concebidas por los tribunos, excitó la antipatía de los romanos hacia los itálicos y en definitiva se atrevió á alejar de la capital, apoyado en la aversión que por ellos se sentía, á los muchos itálicos que habían acudido á Roma. Además, dentro del mismo colegio de tribunos existían entonces algunas disensiones. Probablemente no todos los colegas de Cayo pudieron soportar la preponderancia real, política y moral que éste tenía sobre ellos, dejándolos las mas de las veces en la sombra: agregóse á esto la desconfianza que en algunos de ellos despertaron las ulteriores miras y proyectos ocultos de Graco, que suscitaron sospechas acerca de la oportunidad y conveniencia de todos sus pasos. La lucha por la rogación itálica fué, por decirlo así, el rompimiento de las hostilidades abiertas. Un tribuno, M. Livio Druso, que se mostró tan decidido como se había mostrado Marco Octavio en tiempo de Tibe-

rio, y á quien se había persuadido de que era funesta la proposición de Cayo, aceptó la misión que le confió el Senado de oponer, en caso oportuno, su veto á la rogación itálica.

El carácter de Cayo era distinto del de su hermano, y difícilmente hubiera renunciado á la reforma itálica; pero esta batalla, la primera que había perdido, le inutilizó para siempre. El Senado había abierto la primera brecha en la popularidad de Graco: faltaba solo precipitarse por ella, y Livio Druso se manifestó dispuesto á dar un nuevo golpe en el corazón de su odiado colega, persuadiendo á la plebe, poco previsora, de inteligencia limitada, desagradecida y grosera, de que el Senado se hallaba dispuesto á hacer á los conciudadanos pobres mas concesiones de las que Cayo pedía, con tal que se quitase el estorbo que había agriado las buenas relaciones que entre el Senado y el pueblo existían. Entonces se trató de desalojar, por todos los medios posibles, á Cayo de la posición que ocupaba: una vez esto conseguido, una vez descartado Cayo, la oposición debía perder todas sus fuerzas.

Los optimates procedieron con suma habilidad, poniendo en juego todo el arte de que la demagogia noble había dado frecuentes pruebas en otro tiempo. En primer lugar, los enemigos de Graco consiguieron que este fuese elegido para formar parte de la comisión de los tres que debían organizar la colonia cartaginesa de Junonia. Durante los sesenta ó setenta días que de Roma estuvo ausente el gran tribuno, Livio Druso, hombre altamente popular por sus inmensas riquezas y por su elocuencia, presentó una serie de rogaciones que, hechas con gran habilidad, tenían por objeto destruir todos los planes de Cayo, para lo cual estaba de acuerdo con el Senado y tuvo todo su apoyo. Se suspendió la emigración de Italia, tan pesada para los corrompidos romanos, y en su lugar se acordó establecer en la península doce nuevas colonias de 3,000 habitantes cada una; el Estado además, eximió á los poseedores de las nuevas tierras distribuidas del impuesto establecido en la legislación de Graco; y finalmente, se hizo extensivo á los soldados latinos é itálicos el privilegio que prohibía que los soldados romanos fuesen castigados con la pena de azotes. La intriga de Livio y del Senado tuvo un éxito completo. La estúpida plebe, no conociendo ni la astucia del hábil tribuno, ni la acción debilitante que consigo traía su plan colonial, ensalzó al noble amigo del pueblo, creyó en el desinterés de este hombre, que se negaba, como Cayo, á cooperar prácticamente para la admisión de la rogación presentada; en una palabra, el Senado ganó la confianza de la plebe, enfríandose extraordinariamente el entusiasmo que por Graco se sentía. Las rogaciones de Livio fueron aceptadas, encarnizándose mas la oposición á Cayo y á Fulvio, y se influyó en el pueblo para que en las próximas elecciones de cónsules fuesen elegidos dos enemigos acérrimos de Graco.

Cuando éste regresó del Africa lo encontró realmente todo perdido: en efecto, Q. Fabio Máximo, que despues había de alcanzar la gran victoria del Ródano, y L. Opimio, el mas feroz de los optimates, habían sido elegidos cónsules para el año 151, al paso que Cayo vió fracasado su intento de salir nombrado tribuno. A principios del año 121 comenzaron las operaciones de Opimio: aprobóse su plan, que consistía en destruir todas las creaciones de Graco, á fin de obligar á éste ó á su partido á ejecutar algun acto de violencia que autorizase al Senado para proceder contra él de la misma manera que contra Tiberio había procedido. Las cosas, sin embargo, pasaron de la manera siguiente: la atmósfera política que dominaba en Roma estaba tan cargada, que no era de esperar que tal estado de tensión se resolviese sin temibles y encarnizadas luchas. La intriga oligárquica encontró, por último, el punto verdaderamente vulnerable: algunas noticias procedentes del Africa, segun se cree, dieron cuenta de los



Vista actual del monte Aventino

malos agüeros que habian acompañado al establecimiento de la nueva colonia de Junonia. Los augures quisieron ver en esto el desencadenamiento de la cólera divina por haberse atrevido á establecer aquella colonia en el mismo sitio que habia ocupado Cartago, á pesar de las maldiciones eternas que sobre él se habian echado.

Entonces el Senado ordenó al tribuno de la plebe Minucio Rufo que reuniera los comicios tribunados para que el pueblo anulara la ley relativa al establecimiento de la colonia Junonia. Este fué el origen de la sangrienta catástrofe. Era á fines de la primavera ó á principios del verano del año 121 cuando se reunieron con gran solemnidad en el Capitolio los comicios: ya antes se habian reunido los partidarios de los optimates; pero tambien se habia presentado Fulvio Flaco con una numerosa hueste armada de dagas y puñales, á fin de no sucumbir como Tiberio y sus amigos. Cuando llegó Cayo con un fuerte acompañamiento, ocurrió un funesto incidente: al aproximarse al pórtico del templo, en donde el cónsul Opimio ofrecia sacrificios, un lictor de éste atravesó la multitud é insultó ó amenazó á Cayo, ó á lo menos así lo creyeron los que á éste acompañaban. Al momento pereció el lictor bajo los golpes de los indignados amigos de Graco, con disgusto y terror de éste, que tuvo además la desgracia, contra su pensamiento, y su voluntad y con regocijo de sus enemigos, de infringir una antigua ley comenzando á hablar interrumpiendo á un tribuno que estaba en el uso de la palabra. Las masas se apartaron tímidamente de él, y Opimio que, lo propio que los demócratas, juzgaba muy cercana la hora de la lucha, se aprestó á librarla sangrienta. Durante la noche siguiente, se situó en el templo de Castor, y desde allí observó lo que pasaba. El Capitolio habia sido reforzado con un batallon de tiradores cretenses que por casualidad se encontraba presente, y al despuntar la aurora se reunieron, convocados por el cónsul, toda la nobleza senatorial con sus partidarios convenientemente armados, los jóvenes caballeros senatoriales y los nobles capitalistas que se habian separado de la causa de Cayo, acompañando á cada caballero dos esclavos armados. En esta sesion matutina, Opimio representó una escena parecida á las que los caudillos de las revoluciones francesa y alemana solian representar en nuestra época para la excitacion de las masas. Con dramático arte mandó llevar al Foro el ensangrentado cadáver del lictor, junto al cual iban hombres sumidos en amargo llanto; y aquel aparato conmovió tanto al Senado que invistió al cónsul del poder dictatorial por medio de la fórmula *uti consul rem publicam defenderet ó videat consul ne quid res publica detrimentum caperet*, fórmula que, desde la desaparicion de la tiranía, servia para el mismo objeto en los casos necesarios y que no tardó en utilizar aquel hombre resuelto.

Era natural que no fuese favorable á los demócratas la impresion que en los romanos causaron las lágrimas que por la

muerte de un mísero lictor derramaban aquellos mismos nobles que doce años antes habian asesinado á un tribuno. Se queria tirar de la espada y acuchillar á los partidarios de Graco: y la ocasion la dieron ellos mismos, pues al exigir el Senado á los dos caudillos Graco y Fulvio la responsabilidad por el accidente de la víspera, se fortificaron éstos con sus partidarios, en parte armados, en el monte Aventino, tan fuerte como de fácil defensa, antiguo refugio de los plebeyos en sus luchas con el patriciado. Fulvio atrincheró el templo de Diana, mientras Cayo excitaba á sus partidarios á que entrasen en negociaciones con el Senado. El hijo menor de Fulvio, jóven de 18 años, fué enviado á la Curia como parlamentario. La dureza de Opimio pudo mas que la voz de aquellos que no rechazaban la idea de un acomodamiento: el cónsul exigió ante todo de los demócratas que depusieran las armas, y despues que Cayo y Fulvio se presentasen al Senado, asumieran la responsabilidad de lo acontecido, y solicitaran el perdon del cuerpo senatorial. Y como esto no pudiese conseguirse y se presentase de nuevo como parlamentario el jóven Fulvio, Opimio mandó prenderle y luego pregonar que aquel que presentase al Senado las cabezas de Cayo y de Fulvio recibiria tanto oro como ellas pesaran, ordenando al propio tiempo á Décimo Junio Bruto que, con toda la fuerza armada, atacase á los sublevados. Asimismo hizo saber que se concederia amnistia á todo aquel que se sometiera y depusiera las armas antes del combate.

El éxito de estas disposiciones fué completo; pues el pueblo abandonó en masa la causa de los demócratas: los tiradores cretenses que se adelantaron á atacar el templo del Aventino, desalojaron á los amotinados en breve tiempo. Solo Fulvio y su séquito pelearon seriamente; pronto, sin embargo, fueron vencidos, apelando todos á la fuga. Entonces comenzó la carnicería. Cayo que no habia tomado parte en el combate, pudo llegar, á pesar de haberse torcido un pié, hasta el puente del Tíber, y una vez en el bosque de Furina mandó á un esclavo fiel que le diese la muerte. Un antiguo *amigo* del gran tribuno, L. Septimuleyo, encontró su cadáver, le cortó la cabeza y percibió el cruel premio ofrecido. Fulvio, con su hijo primogénito, cayó en una emboscada y fué asesinado. En suma, en la matanza perecieron 3,000 personas, cuyos cadáveres mandaron los optimates arrojar al Tíber. Otros muchos, incluso el inocente jóven Fulvio, murieron en la cárcel á consecuencia de las causas criminales que se les formaron y de los castigos que les fueron impuestos. El populacho saqueó las casas de Graco y de Fulvio, y los bienes de los populares asesinados, así como el dote de la viuda de Cayo, fueron confiscados, con lo cual el cruel asesino Opimio pudo construir en el Foro, bajo el Capitolio, un nuevo y magnífico templo á la Concordia, en sustitucion del que antiguamente existia. Además, en armonia con todo esto, se dispuso que las viudas de los muertos no pudiesen llevar luto por sus maridos.